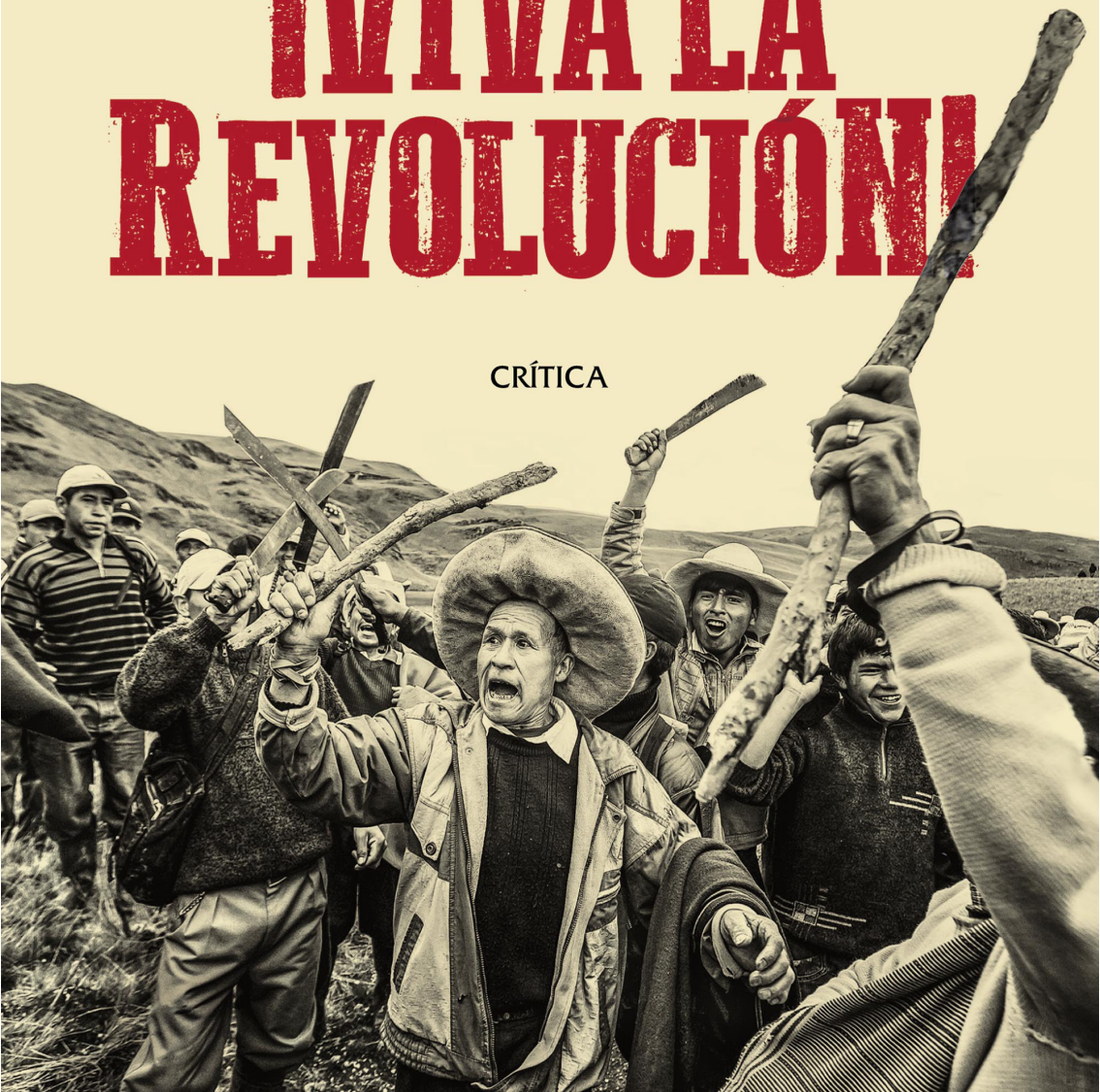


ERIC HOBSBAWM

SOBRE AMÉRICA LATINA

¡VIVA LA REVOLUCIÓN!

CRÍTICA



ERIC HOBSBAWM
sobre América Latina

¡VIVA LA REVOLUCIÓN!

Traducción de
ALFREDO GRIECO Y BAVIO

Edición y compilación del texto original
LESLIE BETHELL

Edición de la traducción
GABRIELA ESQUIVADA

CRÍTICA

Introducción

Eric y América Latina

por LESLIE BETHELL¹

En su autobiografía *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*,² publicada en 2002 cuando él tenía ochenta y cinco años, el historiador Eric Hobsbawm (1917-2012) escribió que la única región del mundo, fuera de Europa, que él tenía la impresión de conocer bien y donde se sentía como en casa, era América Latina.

Eric se había sentido atraído por América Latina inicialmente más de cuarenta años antes por su potencial para la revolución social. Luego del triunfo de Fidel Castro en Cuba en enero de 1959, y más todavía luego de la derrota del intento de los Estados Unidos por deponer a Castro en abril de 1961, «no había un intelectual [de izquierda] en Europa o los Estados Unidos que no estuviera hechizado por América Latina, un continente en apariencia burbujeante de lava de revolución

1. Leslie Bethell es profesor emérito de Historia Latinoamericana en la Universidad de Londres e investigador emérito de St. Antony's College, Oxford. Dirigió el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres (1987-1992) y el Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Oxford (1997-2007), editó los doce volúmenes de *Cambridge History of Latin America* (1984-2008) y fue amigo de Eric durante más de cincuenta años.

2. Crítica, Barcelona, 2003. Traducción de Juan Rabassada-Gascón.

social». ³ En una introducción inédita a un libro sobre las revoluciones en el siglo XX, Eric escribió (en enero de 1967):

La Segunda Guerra Mundial produjo una suerte de reacción en cadena de movimientos de liberación revolucionarios [...] El movimiento de liberación finalmente comenzó a avanzar en el imperio informal de la potencia capitalista sobreviviente más grande y más poderosa, entre los países nominalmente independientes, pero en la práctica semicoloniales, de América Latina. En este caso, los movimientos revolucionarios no lograron desarrollarse más allá de guerras civiles anárquicas (como en Colombia luego de 1948) o tener éxito en las circunstancias bastante excepcionales de Bolivia (1952). Sin embargo, la victoria de Fidel Castro en Cuba (1959) pronto crearía el primer régimen socialista en el continente americano, y abriría allí una época de agitación *que todavía no ha concluido* [cursiva del editor].

Fue sobre todo la expectativa, o la esperanza, de que habría una revolución social, o al menos un cambio social importante, en especial en Perú y Colombia, brevemente en Chile, luego en América Central y en Venezuela, finalmente en Brasil, lo que mantuvo el interés de Eric en América Latina durante las décadas siguientes.

Como miembro del Partido Comunista de Gran Bretaña [PCGB] desde sus días de estudiante en Cambridge, a finales de la década de 1930, el verano de 1960, Eric visitó Cuba invitado por Carlos Rafael Rodríguez, una figura relevante del Partido Comunista Cubano que se había unido al Movimiento 26 de Julio en la Sierra Maestra y se había vuelto uno de los aliados más cercanos a Castro. Eric acababa de pasar tres meses en la Universidad de Stanford, y en La Habana hizo causa común con

3. *Años interesantes*. [Interesting Times, p. 363.]

dos amigos de los Estados Unidos, los economistas marxistas Paul Sweezy y Paul Baran, editores de *Monthly Review*. Fue, recordaría luego, «el período de la luna de miel irresistible de la joven revolución». ⁴ Al regresar a Londres en octubre, además de brindar un informe ante el Comité de Asuntos Internacionales de PCGB, escribió un artículo para *New Statesman* ⁵ en el cual describió la Revolución Cubana como «un espécimen de laboratorio único en su tipo (un núcleo de intelectuales, un movimiento de masas de campesinos)»; algo «notablemente alentador y que se hace querer», que «excepto que los Estados Unidos intervengan militarmente» hará de Cuba, «muy pronto», «el primer país socialista en el hemisferio occidental». ⁶

En abril de 1961, junto con Kenneth Tynan, el crítico de teatro, movilizaron a la crema y la nata para firmar una carta a *The Times* que denunciaba la agresión de los Estados Unidos contra Cuba. Ambos organizaron una manifestación en solidaridad con el pueblo cubano en Hyde Park, memorable, según recordó luego Eric, por haber sido «la mayor concentración de muchachas despampanantes —presumiblemente del teatro y las agencias de modelos— que vi en una manifestación política». ⁷ Eric fue

4. *Ibíd.*, p. 255.

5. Capítulo 1, «Los horizontes de Cuba», a continuación.

6. Fue en Londres, en octubre de 1960, poco después de su regreso de Cuba, que conocí a Eric. Ambos vivíamos en [el edificio de] Gordon Mansiones, en la calle Huntely, en [el barrio de] Bloomsbury, cerca de la universidad. Yo era un estudiante graduado de Historia en University College y tutor de la rama londinense de la Asociación de Trabajadores de la Educación (WEA). Acababa de regresar de mi primera visita a Brasil, donde investigué para mi tesis de doctorado sobre la abolición del tráfico de esclavos brasileño. Con veinte años más que yo, Eric era un profesor de Historia en Birkbeck College y, lo que me impresionaba todavía más, el crítico de jazz en *New Statesman* (con el seudónimo de Francis Newton).

7. Carta a Andrew Weale, 21 de abril de 1984. Weale lo había consultado sobre Tynan y Cuba en nombre de la biografía de Tynan, su viuda Kathleen. (Archivo Hobsbawm, Universidad de Warwick, Caja 1.) Actualmente está disponible en línea un catálogo de los papeles de Eric Hobsbawm (<https://mrc.epexio.com/records/EJH>).

también miembro fundador del Comité Británico-Cubano y volvió a visitar Cuba entre diciembre de 1961 y enero de 1962 con «una delegación británica de izquierda con la composición habitual: un miembro del Parlamento laborista de izquierda; partidarios del desarme nuclear unilateral; un sindicalista duro, por lo general de la línea del partido, que no carecía de interés por el sexo en el extranjero; el incomparable conspirador radical; funcionarios del PC y otros así».⁸

Curiosamente, aparte de un puñado de observaciones en una crónica entretenida en el *Times Literary Supplement* [TLS] del Congreso Cultural de La Habana de 1968, una reunión heterogénea de quinientos intelectuales de la nueva izquierda internacional de setenta países, y unas pocas páginas en *Historia del siglo XX*,⁹ su historia del breve siglo XX, Eric escribió muy poco sobre el progreso de la Revolución Cubana en la década de 1960, o luego. En el TLS describió a Cuba como «un país asediado y heroico, y también notablemente atractivo aunque sea solo porque es de manera visible uno de los escasos estados del mundo cuya población simpatiza con el gobierno y cree en él. Además, el estado actual de las actividades culturales, libre y floreciente, los admirables logros sociales y educativos y su encantadora excursión a la utopía antimaterialista difícilmente pudiera dejar de atraer a los intelectuales».¹⁰ Sin embargo, a pesar de todos sus logros, a finales de la década de 1960 Cuba no era exactamente una vidriera de revolución socialista exitosa en América Latina. Y pronto ya no sería cierto que «aquellos a quienes no les guste son libres de emigrar». Más aún, como veremos, Eric fue un crítico feroz de los movimientos guerrilleros que la Revolución Cubana inspiró en la región y más allá.

El 31 de octubre de 1962 Eric inició su primer viaje a América Latina continental, una visita de tres meses a Brasil, Argentina,

8. *Años interesantes*, p. 255.

9. Crítica, Barcelona, 2012, traducción de Carme Castells Auleda y otros. [*The Age of Extremes (1914-1991)*, 1994.]

10. *Times Literary Supplement*, 25 de enero de 1968.

Chile, Perú, Bolivia y Colombia.¹¹ Había recibido una beca de viaje de la Fundación Rockefeller para investigar las formas «arcaicas» de revuelta social, el tema de su libro reciente *Rebeldes primitivos*,¹² que se ocupaba principalmente del sur de Europa. En su solicitud de beca había argumentado que en América Latina las élites locales habían aceptado hace tiempo las ideologías y los partidos políticos «modernos», sin que eso tuviera gran impacto, aparentemente, en las masas, cuya irrupción en la conciencia política había sucedido solo en las décadas recientes. Por lo tanto, él esperaba encontrar en América Latina no solo «muchos movimientos arcaicos genuinos» sino también «combinaciones de lo superficialmente moderno con lo arcaico». Estas combinaciones eran, desde su perspectiva, malinterpretadas siempre

[...] como cuando se describió el movimiento de Gaitán como «liberal» porque resultó que su líder operaba dentro de uno de los partidos colombianos tradicionales, o «fascista» en el caso de Perón [en Argentina], o muy probablemente «comunista» en el caso de los movimientos castristas [...] Como demuestra la indeterminación ideológica de las élites intelectuales en las décadas recientes (por ejemplo, el cambio de etiquetas y la cooperación de elementos nominalmente trotskistas, peronistas, comunistas, etcétera, en Bolivia), la descripción en los términos de los elaborados movimientos europeos del siglo XX puede ser más engañosa que iluminadora.¹³

11. Eric se había casado con Marlene pocos días antes de partir hacia América del Sur, y le dijo que si la Crisis de los Misiles se agravaba debía comprar un pasaje a Buenos Aires y encontrarse allí con él.

12. Crítica, Barcelona, 2014, traducción de Joaquín Romero Maura. [*Primitive Rebels*, 1959.]

13. La visita de Eric a América Latina, como sabemos, despertó las sospechas del Servicio de Seguridad Británico, más conocido como MI5, que había estado monitoreando cada uno de sus movimientos —y su correspondencia y sus llamadas telefónicas— durante años. Ver el artículo de Frances Stonor Saunders en el *London Review of Books* (9 de abril de 2015)

Tras regresar a Londres, entre abril y julio de 1963, Eric publicó una serie de artículos en *Labour Monthly*, *New Society*, *Listener* (los textos de dos emisiones para el *Third Program* de BBC) y *World Today* (sobre la base de un texto académico que presentó en el seminario latinoamericano de Chatham House) en el cual exploró el cambio demográfico, económico y social en América Latina desde la Depresión de 1930 en el mundo, en particular la desintegración de las sociedades agrarias tradicionales (el colapso de «la vieja América Latina», «el final de la Edad Media»), y el despertar político de las masas —la clase trabajadora urbana, los pobres de las ciudades y, sobre todo, los campesinos— en las décadas de 1940 y 1950. Eric había regresado de su primera visita a América Latina convencido de que estaba destinada a convertirse en «la región más explosiva del mundo»¹⁴ en la década siguiente. Varios países latinoamericanos, creía, estaban «maduros para la revuelta», por cierto, excepto quizás Argentina y Uruguay, maduros para la revolución social si se la organizaba y dirigía de manera adecuada.

Lo impresionaba en especial el potencial para la revolución de los movimientos campesinos en Perú y, sobre todo, en Colombia, que eran «virtualmente desconocidos en el mundo exterior».

sobre el archivo de Eric en el MI5, que se hizo público a finales de 2014 (hasta diciembre de 1963, y aun así con muchas páginas faltantes). Saunders, sin embargo, se equivoca al afirmar que el MI5, al alertar a la CIA y al FBI, trató de obstaculizar la beca Rockefeller de viaje, y fracasó. Su incompetencia fue tal que solo se enteró (mediante «una fuente extremadamente delicada») que Eric, «un comunista de línea dura» estaba «a punto de partir» por «doce meses» a «escribir un libro sobre revoluciones sudamericanas» financiado por «una fundación no identificada», cuando él ya llevaba en América Latina más de un mes. Y solo involucró a las autoridades estadounidenses primero cuando él estaba por partir de América Latina y luego algunos meses después de su regreso.

14. Capítulos 2, «Viaje sudamericano»; 4, «América Latina: no hay región más revolucionaria»; 5, «Desarrollos sociales en América Latina»; 6, «La situación revolucionaria en Colombia» y 7, «Anatomía de la violencia en Colombia», a continuación.

Desde finales de la década de 1950 y con su punto máximo a comienzos de la de 1960, las sierras centrales y del sur de Perú habían sido testigos de la mayor insurrección y movilización política de los campesinos indígenas desde la rebelión de Tupac Amaru al final del período colonial. «Si existe un país que está listo para, y necesita, una revolución social», escribió Eric, «es Perú». En Colombia, de manera excepcional en América Latina, se había estado *preparando* una revolución social desde la década de 1920. «Lógicamente debería haber producido algo análogo al fidelismo, un régimen populista de izquierda que trabajaba en las inmediaciones de los comunistas.» El levantamiento en Bogotá en abril de 1948, el Bogotazo, fue «un fenómeno de proporciones revolucionarias». Pero sin alguien que lo dirigiera y organizara como una «revolución social clásica», fue abortado por el asesinato del dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán. Sin embargo, en la guerra civil y la anarquía que siguieron a continuación, los comienzos de lo que se ha denominado *La Violencia*, Colombia fue testigo de «la mayor movilización armada de campesinos (como guerrilleros, brigadistas de grupos de autodefensa [organizados por el Partido Comunista]) en la historia reciente del hemisferio occidental», acaso con la excepción de algunos períodos durante la Revolución Mexicana de 1910-1920. A comienzos de 1960 en Colombia continuaba una situación revolucionaria, argumentó Eric, y debido a su tamaño, su población, su «economía completa y balanceada» y su ubicación estratégica entre el Caribe, América Central, Venezuela, las repúblicas andinas y Brasil, Colombia «puede marcar la diferencia en el futuro de América Latina, mientras que Cuba no parece tener muchas probabilidades de hacerlo».

En Brasil, Eric se había quedado conmocionado por el atraso económico y la pobreza que encontró en Recife, la primera ciudad que visitó en su viaje sudamericano. Pero también reconoció el potencial «inmenso» para la organización campesina del nordeste de Brasil, «esa vasta área de unos 20 millones de habitantes

que le ha dado al país sus bandidos más famosos [y] sus revueltas campesinas». Las Ligas Campesinas, que encarnaron los primeros sacudones de movilización política en el Brasil rural han estado activas desde 1955. El movimiento, sin embargo, «tuvo escasa presencia nacional» y, recordó luego, «claramente pasó su punto más alto».¹⁵ A finales de la Segunda Guerra Mundial, el Partido Comunista Brasileño (PCB) era el partido comunista más grande de América Latina. No obstante, fue declarado ilegal a comienzos de la Guerra Fría, en 1947. (Eric parecía no saber que el PCB estaba activo de todos modos, junto con los sacerdotes católicos progresistas, en la organización de los peones rurales en sindicatos en el nordeste.) En todo caso, en marzo de 1964, un año después de la visita de Eric, un golpe militar, que condujo al establecimiento de una dictadura militar que duró veintinueve años (1964-1985) destruyó la esperanza de una revolución social en Brasil.

Eric escribió relativamente poco sobre el potencial de revolución en Brasil. Por lo general, en cambio, se hizo tiempo para escribir un artículo agudo sobre la *bossa nova*, la novedad última de la música popular brasileña, para *New Statesman*. Era, escribió, «un cruce entre la música urbana brasileña con el jazz, criada en el mundo de playboys de la juventud dorada del Brasil [...] y los músicos profesionales que tienen más chances de rozarse con músicos visitantes llegados de Estados Unidos. [...] Todo estudioso del jazz lo observa con temor reverencial y con un sentido de la ocasión histórica. Porque la *bossa nova* es la primera conquista importante de nuevos territorios por el jazz [...] significativamente,] en el único país latinoamericano que parece haber entrado de modo irreversible en la moderna civilización industrial». Y lo que es más, concluyó, «no solo va a durar, sino que se va a desarrollar».¹⁶

15. *Años interesantes*, p. 371.

16. Capítulo 3, «Bossa Nova», a continuación.

Desde mediados de la década de 1960 hasta mediados de la de 1970, las posibilidades de una revolución social (en Hispanoamérica, ya que no en Brasil) fueron el centro de la producción de Eric sobre América Latina. En un ensayo sobre el papel de los campesinos y los migrantes rurales en la política, argumentó que la clase trabajadora urbana y los pobres de las ciudades en América Latina, el «enorme proletariado y subproletariado, siempre en expansión» de «migrantes internos» y «campesinos desplazados», eran «una fuerza potencialmente explosiva» por su pobreza, su inseguridad y sus condiciones de vida espantosas. En su mayoría, sin embargo, eran políticamente «inmaduros», bastante pasivos y más fáciles de movilizar desde arriba, por partidos y políticos populistas (Haya de la Torre y el APRA en Perú, Acción Democrática en Venezuela, Perón en Argentina, Vargas en Brasil) que por la izquierda, comunista o no.¹⁷ Por lo tanto, Eric escribió llamativamente poco sobre los trabajadores urbanos de América Latina. Estaba más interesado en el papel potencialmente revolucionario de los movimientos campesinos organizados, en particular en los Andes.

En artículos académicos basados tanto en observaciones de primera mano como en las investigaciones publicadas en un libro colectivo editado en París, *Les Problèmes agraires des Amériques Latines* (1967), en *Journal of Latin American Studies* (1969) y en *Past and Present* (1974), se concentró en la provincia de La Convención en la región del Cuzco en las sierras centrales del Perú, donde el sistema neofeudal de la hacienda colapsaba («ojalá que para siempre») ante las movilizaciones de campesinos, las invasiones y las ocupaciones de tierras. «Potencialmente, siempre desempeñó un papel decisivo en la vida nacional», concluyó, «aunque en la práctica por lo general contara poco». Las revoluciones campesinas solo tenían efecto, advirtió, «bien cuando unifican y movilizan a una cantidad suficientemente grande de áreas políticamente cruciales, mediante la organización y el

17. Capítulo 17, «Los campesinos y los migrantes rurales en la política», a continuación.

liderazgo, probablemente revolucionario, o cuando la estructura y la crisis nacional es tal que algunos movimientos campesinos regionales estratégicamente ubicados pueden jugar un papel decisivo. Esto sucedió en México en 1910-1920 con los norteros de Pancho Villa [...] y con los seguidores de Zapata [...] en Morelos [...] Ninguna de estas cosas sucedieron en Perú».¹⁸

En un ensayo sobre los movimientos campesinos en Colombia, escrito en 1969 pero publicado por primera vez en 1976, Eric argumentó que Colombia tenía «un record de acciones armadas y violencia de los campesinos (es decir, guerra de guerrillas), acaso solo superado por México», pero hasta mediados del siglo XX relativamente pocos movimientos sociales del campesinado *como clase*. En este ensayo rastrea la historia de los movimientos campesinos colombianos, «atípicamente descentralizados y desestructurados, [pero] sin embargo extremadamente poderosos» desde la década de 1920 hasta el Bogotazo de 1948, con cierto énfasis en la influencia del Partido Comunista. (En 1935, recuerda, ¡el Partido colombiano se quejó ante el Comintern de que la mayoría de sus miembros eran indígenas y campesinos y no trabajadores urbanos!) Pero aunque la resistencia campesina perduró más allá de 1948, en 1969 Eric era menos optimista que lo que había sido en 1963 sobre las posibilidades de una revolución en Colombia. «En lugar de una revolución social, o un régimen populista, había anarquía y guerra civil. Las esperanzas de la izquierda quedaron sepultadas por *la Violencia*».¹⁹

Eric creía que en la década de 1960 y los comienzos de la de 1970 la elección en América Latina no era entre el cambio gradual y la revolución, sino entre la revolución y el estancamiento o el caos. Aunque fue una inspiración para todos los revolucionarios sociales, la Revolución Cubana no tenía muchas

18. Capítulo 13, «Ocupación campesina de tierras: El caso de Perú», a continuación. También capítulos 9 «Un caso de nuevo feudalismo: La Convención, Perú» y 14, «Un movimiento campesino en Perú».

19. Capítulo 15, «Movimientos campesinos en Colombia», a continuación.

probabilidades de ser copiada en otros sitios de América Latina: «Sus condiciones fueron peculiares y nada fáciles de repetir», escribió.²⁰ Y en una serie de artículos en *Socialist Register* (1970), *New York Review of Books* (1971) y *Latin American Review of Books* (1974), Eric fue muy crítico de los movimientos inspirados en los cubanos durante la década de 1960 y comienzos de la de 1970 —por ejemplo— en Guatemala, Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia, como también en Uruguay y Brasil.²¹

La estrategia de los intelectuales jóvenes ultraizquierdistas de clase media que, inspirados por el ejemplo de Fidel Castro y Che Guevara (y los escritos del intelectual francés Régis Debray), creían que a lo largo y a lo ancho de América Latina las revoluciones se podían precipitar por la acción de pequeños grupos de militantes armados estaba, desde la perspectiva de Eric, «espectacularmente equivocada». Los numerosos *focos* guerrilleros estaban condenados al fracaso, como sucedió de manera unánime (excepto, como veremos, en Colombia). No había una receta única para una revolución latinoamericana, pero por cierto, creía él, no se realizaba por sola voluntad. Para tener éxito necesitaría la combinación de varios factores: guerrillas rurales, con una base campesina sólida (los movimientos guerrilleros de finales de la década de 1960 y comienzos de la de 1970, escribió luego, «no entendían ni querían entender lo que realmente podría impulsar a los campesinos latinoamericanos para que tomaran las armas»),²² una insurrección urbana («No se puede tomar muy seriamente», escribió en un ensayo para *Socialist Register*, a los «revolucionarios que no logran desarrollar un programa [...] para atrapar las capitales»), con toda probabilidad

20. Reseña de *Obstacles to Change in Latin America*, de Claudio Véliz, en *New Society*, 29 de octubre de 1965.

21. Capítulos 21, «Guerrillas en América Latina»; 22, «Guerrillas latinoamericanas: una encuesta», y 23, «Imperialismo estadounidense y revolución en América Latina», a continuación.

22. *Historia del siglo XX*. [*The Age of Extremes, 1914-1991* (1994), p. 440.]

fuerzas armadas disidentes y, sin dudas indispensable, análisis, organización y liderazgo políticos. En una reseña de *Revoluciones modernas*,²³ de John Dunn, Eric comentó que aunque Dunn no creía que Marx echara mucha luz sobre las revoluciones del siglo XX o sus consecuencias «él reconoce sin reservas que Lenin sigue siendo por lejos la mejor guía al modo en que sucedieron y que las revoluciones comunistas han sido por lejos las más formidables y exitosas».²⁴

Acaso Cuba fue un espejismo, pero no era necesario ser exageradamente negativo sobre las chances del cambio radical político y social en América Latina. Las revoluciones no estaban «a la vuelta de la esquina», como pensaban Debray y Guevara, pero tampoco estaban «fuera del alcance de la política realista», escribió Eric. América Latina seguía siendo un continente revolucionario. Si se reconocía que existía más de un camino a seguir, las perspectivas de la izquierda eran alentadoras. La izquierda marxista, incluida la izquierda comunista (excepto tal vez en Colombia) siempre había entendido mal a América Latina y, por lo tanto, siempre había sido insignificante en la política de la región. En lugar de mantenerse ideológicamente pura —e ineficaz— se vio obligada a sacar el mejor partido posible de situaciones desfavorables e improductivas y juntar fuerzas con otros movimientos progresistas. Como escribió Eric en el artículo para *New York Review of Books*:

Con las raras excepciones de Cuba y Chile [donde Allende había sido elegido Presidente en septiembre de 1970], la izquierda latinoamericana ha debido elegir entre una pureza sectaria ineficiente y sacar el mejor partido posible de una serie de malos compañeros: populistas civiles o militares, burguesías nacionales, o lo que fuere. Muy a menudo, la izquierda ha deplorado su fracaso para hallar

23. Tecnos, Madrid, 2014, traducción de Santiago Díaz-Hellín Sepúlveda. [*Modern Revolutions*.]

24. *The Guardian*, 16 de marzo de 1972.

un entendimiento con esos gobiernos y movimientos antes de que los reemplazara algo mucho peor.

Eric tenía más esperanza en el gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas con el general Juan Velasco Alvarado, que había asumido el poder en Perú en octubre de 1968, que en cualquiera de los movimientos guerrilleros latinoamericanos de ese momento. Perú era «un país cuya injusticia social y su indignancia sin atenuantes helaban la sangre», escribió en *New York Review of Books*, en una reseña de varios libros sobre Perú escritos antes de la toma de poder por parte de los militares. «Si había un país en el mundo que necesitara, y necesita, una revolución, era este. Pero no había ninguna a la vista.»²⁵ Los movimientos campesinos y las ocupaciones de tierras de finales de la década de 1950 y comienzos de la de 1960 habían causado el colapso del sistema serrano de la hacienda pero, como él escribió en su artículo sobre las ocupaciones de terrenos que hicieron los campesinos en Perú, en *Past and Present*, que «a diferencia del proletariado de Marx la fuerza espontánea del campesinado, aunque pudo matar al latifundismo, fue incapaz de cavar su tumba». Hizo falta un golpe militar (en 1968), «luego de varios años de titubeos, para enterrar el cadáver de la hacienda serrana».

Eric simpatizó desde el comienzo con el régimen militar antioligárquico y antiimperialista de Perú, aunque siempre con una pizca de escepticismo. Fue el primero en reconocer a la masa de peruanos, los indios que hablaban quechua y vivían o habían llegado de los Andes, como ciudadanos potenciales, y el primero en instituir una reforma agraria radical, aunque impuesta desde arriba, sin movilización campesina. Pero, sin cuadros revolucionarios vinculados a las masas de la población, «¿es esta una revolución?», se preguntó. Luego de que el régimen revolucionario militar estuviera tres años en el poder, fue un poco más crítico, más pesimista. Sin embargo, a diferencia de la izquierda peruana, no lo dio por perdido. No había una

25. Capítulo 25, «¿Qué hay de nuevo en Perú?», a continuación.

perspectiva previsible de reemplazarlo si se mantenía unido. Y por cierto no existía la alternativa de una revolución de masas marxista.²⁶ En un artículo en el cual comparó la experiencia de la revolución militar de, entre otros, Perú y Portugal, y reconoció sus limitaciones políticas e institucionales, Eric insistió en que el Perú era «fundamentalmente diferente» de lo que había sido en 1967 y que «los cambios eran irreversibles».²⁷

Mientras tanto, en Chile la elección de Salvador Allende en septiembre de 1970 había abierto ante Eric la «perspectiva excitante» de una transición al socialismo sin precedentes, pacífica, por vía democrática. En un artículo escrito como un suplemento especial de *New York Review of Books*, manifestó su esperanza en el éxito de la Unión Popular, una coalición de socialistas y comunistas firmemente basada en uno de los movimientos obreros más sólidos de América Latina.²⁸ En privado creía que las probabilidades estaban en contra: seis a cuatro en contra, acaso dos a uno en contra si se tomaba en cuenta su simpatía por Allende. El socialista enfrentaba tres años difíciles; acaso no sobreviviera; existía el peligro real de que lo derrocaria un golpe militar con el apoyo de la burguesía chilena. Cuando el golpe sucedió, en septiembre de 1973, Eric escribió: «Por trágica que sea la noticia [...] se la había esperado y anticipado. No sorprendió a nadie».²⁹ El gobierno de Allende no se había suicidado: lo habían asesinado. Como la izquierda latinoamericana en general, había subestimado el miedo y el odio de la derecha, su decisión de salir de la legalidad cuando la legalidad y el constitucionalismo ya no funcionaban a su favor y de correr el riesgo de la guerra civil. A Eric siempre lo impresionó la facilidad con que «hombres y mujeres bien vestidos» desarrollaban un paladar para la sangre y la ferocidad de la violencia que estaban preparados para desencadenar.

26. Capítulos 24, «Los militares como revolucionarios», y 26, «La peculiar *revolución* del Perú», a continuación.

27. *New Society*, 22 de mayo de 1975.

28. Capítulo 27, «Chile, año uno», a continuación.

29. Capítulo 28, «El asesinato de Chile», a continuación.

La dictadura militar en Chile no era singular en América del Sur. Brasil había estado bajo el mando militar desde 1964, Argentina desde 1966. (El regreso de Perón en 1973 trajo un respiro breve, pero los militares tomaron el poder de nuevo en 1976, y resultaron ser incluso más asesinos que los chilenos.) Hubo golpes militares en Bolivia en 1971 y en Uruguay en 1972, ambos apoyados por las Fuerzas Armadas brasileñas (como el golpe en Chile). Y en agosto de 1975 terminó la fase radical del régimen militar en Perú con la expulsión de Velasco y su reemplazo por una junta militar más convencional. Estos regímenes militares de los setenta, caracterizados por «ejecuciones o masacres, oficiales o pseudooficiales; tortura sistemática de los detenidos y el exilio en masa de los opositores políticos» fueron la consecuencia, creía Eric, del temor de las oligarquías locales a las masas urbanas movilizadas por los políticos populistas y los movimientos de la guerrilla armada rural inspirados por Castro, junto con el temor de los Estados Unidos a la propagación del comunismo en América Latina a consecuencia de la Revolución Cubana y en el contexto de la Guerra Fría. Todos los golpes sudamericanos fueron «apoyados con fuerza, acaso organizados, por los Estados Unidos».³⁰

La dictadura *a la antigua* del general Alfredo Stroessner, que había estado en el poder en Paraguay desde 1954, fue una excepción. Eric fue allí en 1975 y escribió un artículo para *New York Review of Books* al que le pusieron el desafortunado título de «Dictadura con encanto».³¹ El *stronato* era «la dictadura más prolongada y más derechista de todas las de América Latina», pero no había sido la más represiva de la oposición política (a menos de los miembros que no estaban ya encarcelados o en el exilio) y mayormente estaba preparada para permitir que los campesinos, las dos terceras partes de la población, siguieran adelante con sus vidas. «Según los estándares miserablemente modestos de los pobres sudamericanos», concluyó Eric, «no les ha ido demasiado mal». Sin embargo, en *Años interesantes*,

30. *Historia del siglo XX*. [*Age of Extremes*, p. 442.]

31. *New York Review of Books*, 2 de octubre de 1975.

confesó que había sido excesivamente amable con Paraguay, en gran parte porque era el único estado latinoamericano que reconocía oficialmente un lenguaje indígena, el guaraní, y también porque descubrió que lo conocía el editor de una «bastante inesperada *Revista Paraguaya de Sociología*», como el autor de *Rebeldes primitivos*. «¿Qué académico —preguntó— se podía resistir a la fama en Paraguay?»³²

Eric se había «convertido para siempre a América Latina».³³ Había hecho viajes regulares durante las décadas de 1960 y 1970, incluida una visita de seis meses en 1971 con Marlene y los niños —el período continuo más largo que pasó fuera del Reino Unido desde que llegó de Berlín en 1933— a México, Colombia, Ecuador, Perú y Chile.³⁴ Y en las décadas siguientes continuó viajando a América Latina, en especial a Perú, México, Colombia, Chile y Brasil, para dar conferencias, para participar en seminarios, para promocionar sus libros —traducidos todos al español y al portugués—, para recibir homenajes de las autoridades (por ejemplo, de la Legislatura de Buenos Aires, en 1998, en una ceremonia en el Teatro San Martín a la que asistieron 1.500 personas además de 700 que la miraron en una pantalla en la calle) y títulos honorarios (por ejemplo, de la Universidad de Buenos Aires en noviembre de 1998 y de la Universidad de la República, en Montevideo, en julio de 1999). En *Años interesantes* aseguró que había visitado todos los países de la región, excepto Venezuela y Guyana.

Se mantuvo interesado principalmente en la economía, la sociedad, la política y, sobre todo, el potencial revolucionario de

32. *Años interesantes* [*Interesting Times*, p. 369.]

33. *Ibíd.* [Edición en inglés, p. 376.]

34. Eric tenía vínculos familiares lejanos en Chile. El hermano de su padre, el tío Berkwood (Berk, Ike o don Isidro), un experto en minería, había emigrado a Chile con su esposa galesa y sus cinco hijos durante la Primera Guerra Mundial. En 1939, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, también su tío Sydney había emigrado a Chile, y se había llevado a la hermana de Eric, Nancy, y al primo Peter. Sydney se quedó en Chile, pero Nancy y Peter se fueron cuando terminó la guerra.

América Latina. Al mismo tiempo, escribió: «Ni siquiera intenté resistirme al puro drama y al color de las partes más glamorosas del continente, aunque también encierra algunos de los ambientes naturales más hostiles a los humanos del planeta —el altiplano andino en los límites de lo cultivable, el semidesierto pinchado de cactus al norte de México— y las ciudades de México y San Pablo».³⁵ Se hizo amigo de muchas figuras prominentes de la academia y la cultura: por ejemplo, el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda, cuyos primeros escritos influyeron tanto el pensamiento de Eric sobre los campesinos en los Andes y *La Violencia* en Colombia; el historiador peruano Pablo Macera; el politólogo José Nun, con quien hizo un largo viaje al Chaco argentino; el novelista mexicano Carlos Fuentes; su editor brasileño Fernando Gasparian (en realidad, toda la familia Gasparian). Por él varios estudiantes graduados latinoamericanos asistieron a Birkbeck. América Latina, escribió en *Años interesantes*, «es un continente donde tengo muchos amigos y alumnos, con el cual me he vinculado por muchos años y que, no sé bien por qué, ha sido muy amable conmigo». América Latina también fue el único lugar del mundo «donde nunca me sorprendí por conocer a presidentes del pasado, del presente o del futuro [en Chile, por ejemplo, a Salvador Allende; en Brasil, tanto a Fernando Henrique Cardoso y a Luíz Inácio «Lula» da Silva.] [...] al primero lo conocí en el mando; el astuto Víctor Paz Estenssoro, en Bolivia, que me mostró, en la plaza frente a su balcón en La Paz, el poste de alumbrado donde una multitud de indios alzados había colgado a su antecesor Gualberto Villaroel en 1946».³⁶

A partir de mediados de la década de 1970 Eric escribió relativamente poco sobre los problemas contemporáneos y las perspectivas revolucionarias de América Latina. Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile, Bolivia y Perú, por no hablar de América Central, vivían en dictaduras militares. El único país del que Eric se siguió ocupando fue Colombia. Un movimiento

35. *Ibíd.*

36. *Ibíd.* [Edición en inglés, p. 362.]

guerrillero a la vieja escuela, dirigido por el Partido Comunista y sostenido por el apoyo de los campesinos y los peones rurales, las «formidables y destructivas» Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) habían sobrevivido a la década de 1960 y habían cobrado fuerza en la de 1970 y los comienzos de la de 1980. Además, se le habían sumado otros movimientos guerrilleros: el Ejército Popular de Liberación (EPL), maoísta; el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de inspiración cubana, y el Movimiento 19 de Abril (M-19). Pero la lucha armada no había logrado que Colombia se acercara a la revolución social. Parecía que el «estado endémico y sin sentido de cuasi guerra civil» nunca iba a terminar, hasta que en 1984 el presidente Belisario Betancur inició una política de paz negociada, al menos con las FARC y el EPL (los ultras del ELN la rechazaron), que desde entonces ha continuado a intervalos. Eric conversó con Betancur sobre la situación en Colombia (y también en América Central) en la residencia presidencial, para un artículo publicado en *The Guardian*.³⁷ Y los treinta y cinco años de guerra de guerrillas en Colombia, y los problemas de una nación con «una tendencia completamente excepcional al homicidio» fueron el tema de un largo ensayo para *New York Review of Books*.³⁸

Sin embargo, Brasil resultó el país que atrajo la atención, y el afecto, de Eric cada vez más. Como a la mayoría de la gente, parece, a Eric le gustaban los brasileños. Escribió en *Años interesantes*: «Nadie que descubra América del Sur puede resistirse a la región, y mucho menos si el primer contacto que hace es con los brasileños». ³⁹ Y vaya si los brasileños lo admiraron y lo valoraron. En mayo de 1975, durante la dictadura militar, había visitado Brasil por primera vez desde 1962 para asistir a una conferencia internacional sobre historia y ciencias sociales en la Universidad Estatal de Campinas (Unicamp). Según informó una de las revistas de actualidad más importantes, *Veja* (4 de junio de 1975),

37. *The Guardian*, 27 de julio de 1984.

38. Capítulo 29, «Colombia homicida», a continuación.

39. *Años interesantes* [Edición en inglés, p. 369.]

fue «la primera señal de resurrección de las ciencias sociales en Brasil luego de once años de silencio» [desde el golpe de 1964]. La conferencia reunió a varias «estrellas» internacionales, «la mayor de ellas —al menos si se juzga por la admiración que mostró el público—, el historiador Eric Hobsbawm». ⁴⁰ Eric, que habló sobre «Movimientos prepolíticos en áreas periféricas», impresionó profundamente a una generación entera de historiadores y científicos sociales brasileños, y la amplia cobertura que su conferencia recibió en la prensa llamó la atención del público general. Descubrió que el marxismo no era solo la etiqueta de una minoría académica, sino la ideología preponderante entre los intelectuales brasileños más jóvenes.

Tras el fin de la dictadura, Eric visitó Brasil en diciembre de 1985, de vacaciones con Marlene. Y en junio de 1988 regresó a Unicamp para una conferencia que recordó el centenario de la abolición de la esclavitud en Brasil, y en la que presentó dos artículos: «Sobre el concepto de ciudadanía» y «Sobre el concepto de raza». En diciembre de 1992 habló al aire libre ante públicos de cientos de personas en Porto Alegre y en la Universidad Federal Santa Catarina en Florianópolis, y conversó sobre política con Luíz Inácio «Lula» da Silva, el líder del Partido de los Trabajadores, en un restaurante de San Pablo. En agosto de 1995, nuevamente con Marlene, estuvo en Angra dos Reis y en Paraty (de vacaciones), San Pablo (para una conferencia pública en el Museo de Arte), Río de Janeiro (para una conferencia pública ante un público de 1.000 personas, con otras cientos que se quedaron fuera en la fila para entrar, organizada por O Globo, el conglomerado de medios) y Brasilia (para reunirse con

40. *Veja*, 4 de junio de 1984. *Veja* comentó además el amor de Eric por el jazz, pero entonces, de manera extraña, lo criticó por una «megalomanía intelectual» sobre la base de que el nombre con el que firmaba como crítico de jazz, Francis Newton, ¡era una amalgama de Francis Bacon e Isaac Newton! En realidad, el nombre era un homenaje a Frankie Newton, el trompetista negro que había acompañado a Bessie Smith en sus últimas grabaciones y a Billie Holiday en los registros originales de *Strange Fruit*, quien además era comunista.

el presidente Fernando Henrique Cardoso). Y en 2003, en el primer Festival Literario Internacional de Paraty en la costa, al sur de Río —donde él y yo compartimos una tarima— recibieron a Eric (que tenía 86 años), increíblemente, como una estrella de rock de visita: la gente en la calle le gritaba «Eric, Eric» (pronunciado *Eriky*), algunas mujeres incluso le pedían un beso («*Eriky, Dê-me um beijo*»). Las librerías de San Pablo y Río de Janeiro estaban, y están, llenas de sus libros, que son prácticamente bestsellers. En un momento aseguró que vendía más libros en Brasil que en cualquier otro país fuera del Reino Unido. «En Brasil soy importante», solía decir.

A Eric le interesaba la historia brasileña, desde luego, pero también el arte, la arquitectura, el fútbol («Quién, habiendo visto al equipo brasileño en sus días de gloria [1970]», escribió en *Historia del siglo XX*, «le negará [al fútbol] el estatus de arte») y, sobre todo, la música de Brasil. Una vez me dijo que pensaba que existían dos genios de verdad en la música popular del siglo XX: Duke Ellington y Antônio Carlos (Tom) Jobim. Cuando lo visité en el hospital en 2012, Eric (a la edad de noventa y cinco años) me recibió con novedades sobre un joven rapero negro brasileño, radical, Criolo, de quien debí confesar que nunca había oído hablar (y en ese momento yo vivía en Brasil). Pero, como siempre, su interés principal era político. Brasil, parecía, era la última oportunidad de América Latina, si no para la revolución social, al menos para una transformación social de importancia.

En «¿Se ha detenido la marcha hacia adelante del trabajo?», su influyente conferencia de 1978 en la biblioteca Marx Memorial, luego publicada en *Marxism Today*, Eric había argumentado que los movimientos sindicales europeos ya no podían jugar un papel transformador y que, en consecuencia, la izquierda socialista y socialdemócrata perdía base en todo el mundo. Pero dos años más tarde, en 1980, en Brasil se formó el Partido Trabalhista (PT), el Partido de los Trabajadores. Eric reconoció al PT como un partido socialista clásico con sus raíces en la organización sindical tal como habían surgido en Europa antes de la Primera Guerra Mundial. Y de manera única en América

Latina, y casi en cualquier otro lugar del mundo, era un partido socialista basado en la organización sindical que se estableció tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Incluso más interesante, su líder, Lula, era un trabajador industrial. A la luz de la historia y la cultura políticas, y el sistema político, de Brasil (y de la derrota de la izquierda socialista en casi todas partes del mundo en este período), el crecimiento del PT en la década de 1990 fue un hecho notable. Aunque perdió tres elecciones presidenciales, Lula aumentó sus votantes del 17 por ciento en 1989 al 27 por ciento en 1994 y al 32 por ciento en 1998. Además, en cada elección el PT aumentaba sus bancas tanto en el Senado como en la Cámara de Diputados, y la cantidad de estados y ciudades importantes que controlaba. El crecimiento sostenido del PT bajo la dirección de Lula era suficiente, escribió Eric en *Años interesantes*, para «alegrar el corazón de la vieja izquierda». ⁴¹

Al reflexionar sobre su relación de más de cuarenta años con América Latina en *Años interesantes*, Eric reconoció que «la revolución esperada, y necesaria en tantos países, no había sucedido, ahogada por los militares autóctonos y los Estados Unidos, pero también por la debilidad, la división y la incapacidad local». Es más, agregó: «Ya no va a suceder». ⁴²

Eric sintió cierta simpatía por Hugo Chávez en Venezuela, pero más por su oposición a los Estados Unidos, y por el hecho de que lo apoyaban los remanentes del Partido Comunista Venezolano, que porque confiara en que construiría una sociedad socialista en ese país. Nunca visitó Venezuela en el período de Chávez, y del mismo modo que me preguntaba mucho sobre Brasil cuando nos encontrábamos, le preguntaba a nuestro común amigo Richard Gott, el autor de un estudio sobre los movimientos guerrilleros en América Latina, una historia de Cuba y una biografía de Chávez, sobre Venezuela. Cuando Chávez regresó al poder en 2002 luego del golpe en su contra, Eric le

41. *Años interesantes* [Edición en inglés, p. 382.]

42. *Ibíd.*

envió a Richard una postal que simplemente decía: «¿La Bahía de Cochinos[/Playa Girón] de Chávez?»⁴³

Entonces todavía existía, sin embargo, alguna esperanza para Brasil, aunque en los años posteriores a su derrota en la elección presidencial de 1998 el PT se había movido ininterrumpidamente hacia el centro (incluso eliminó la palabra «socialismo» de su programa) y la izquierda marxista, trotskista y socialista había sido expulsada o aventajada. Aun así, en octubre de 2002 manéjé mi automóvil desde Oxford para festejar con Eric, en el jardín de su casa en Nassington Road, al norte de Londres, la elección de Lula como Presidente, en su cuarto intento. Cuando ya no quedaba champagne, Eric —que fue largamente optimista y mantuvo la esperanza en una revolución social en América Latina, pero luego, como vimos, fue cada vez más pesimista sobre las posibilidades de lograrla— me miró y me dijo: «Ahora supongo que esperamos que nos decepcionen una vez más». Esperamos, y nos decepcionaron.

Como historiador profesional, Eric se interesó principalmente en la Europa moderna. Pero, a partir de sus lecturas vastas y sus conversaciones con amigos y colegas intelectuales y académicos, acumuló un conocimiento asombroso de la historia del resto del mundo, en particular del Tercer Mundo: África, India, China y, en particular, América Latina. La veía como un «laboratorio del cambio histórico», «un continente hecho para desautorizar las verdades convencionales», cuyo estudio enriquecía y desafiaba su perspectiva sobre la historia global. Casi todo lo que Eric escribió sobre América Latina tuvo una dimensión histórica, aunque hizo sus aportes destacados a nuestro conocimiento y comprensión de América Latina como un observador contemporáneo, un analista del cambio social y político a mediados del siglo XX, y en particular durante el período crítico posterior a la Revolución Cubana, y no como un historiador profesional.

43. Comunicación personal de Richard Gott.

Nunca trató de convertirse en un historiador de América Latina, y nunca se vio a sí mismo como tal.

Su primer libro, *Rebeldes primitivos*, un estudio sobre las formas arcaicas de la protesta social organizada, la reforma y la revolución en los siglos XIX y XX, publicado en 1959, se centraba en el sur de Italia. No se tomaban ejemplos de América Latina, aunque en el prefacio hay una referencia a la obra maestra literaria *Os Sertões* (1902) de Euclides da Cunha, un «estudio clásico de la rebelión social primitiva» sobre la Guerra de Canudos (1896-1897) en el interior del estado de Bahía, en el nordeste de Brasil. Y el epílogo a la primera edición en castellano, en 1968, como el prefacio a la tercera edición en inglés, en 1971, cita la investigación hecha desde 1959 sobre los movimientos milenaristas y mesiánicos, principalmente fuera de Europa, y en particular el trabajo de Maria Isaura Pereira de Queiroz sobre Brasil.

Eric amplió el primer capítulo de *Rebeldes primitivos* («El bandolero social») e hizo un libro, *Bandidos*,⁴⁴ publicado en 1969, que incorporó estudios de varios *cangaçeiros* del *sertão* (las zonas semiáridas) del nordeste de Brasil entre la década de 1870 y la de 1930, en especial de Virgulino Ferreira da Silva, el famoso Lampião. Los bandidos, o al menos los «bandidos sociales» no eran, argumentó Eric, meros delincuentes: eran campesinos proscritos. Y el bandolerismo, o al menos el «bandolerismo social», era una manifestación del descontento campesino, una forma de acción campesina. Le interesaba el surgimiento de los bandidos sociales en las sociedades agrarias tradicionales, su relación con los movimientos rurales mesiánicos y con los movimientos campesinos organizados. Podían ser precursores de movimientos sociales de importancia, que los absorbían, pero dada su relación ambivalente con las estructuras del poder local y sus limitaciones ideológicas y militares, con más frecuencia resultaron un sustituto e incluso impidieron que se formaran.

44. Crítica, Barcelona, 2001, traducción de María Dolores Folch, Joaquim Sempere y Jordi Beltrán.

«De ese modo, el aporte de los bandidos a la revolución moderna fue», concluyó, «ambiguo, dudoso y breve. En eso consistió su tragedia».⁴⁵

En *La era de la revolución 1789-1848*⁴⁶ (1962 [edición en inglés]), el primero de los cuatro volúmenes de Eric sobre la historia del mundo moderno desde la Revolución Francesa hasta el final de la Guerra Fría, había solo dos referencias al pasar a América Latina. Se tratan brevemente las revoluciones independentistas latinoamericanas, básicamente como reacciones a los hechos que sucedían en Europa, y «obra de pequeños grupos de patricios, soldados y afrancesados, dejando pasiva a la masa de la población blanca, pobre y católica, y a la india, indiferente y hostil. Tan solo en México se consiguió la independencia por iniciativa de un movimiento popular agrario, es decir, indio».⁴⁷ En *La era del capital (1848-1875)*⁴⁸ (1975 [edición en inglés]) hay algunas páginas sobre América Latina en el capítulo titulado «Los Perdedores», en el cual Eric concluye que, a pesar de cierta explotación capitalista extranjera, principalmente británica, de los recursos naturales de la región «hacia la década de 1870 muy poco habían cambiado en el fondo las cuestiones de la tierra en América Latina, salvo que en tanto se robustecía el poder de los hacendados, se enervaba el de los labradores».⁴⁹ En *La era del imperio (1875-1914)*⁵⁰ (1987 [edición en inglés]), América Latina aparece principalmente en comentarios sobre las consecuencias negativas de la inserción de la región en la economía internacional y sobre las élites locales como agentes subordinados (y colaboradores) de la

45. *Bandidos*. [Cuarta edición revisada en inglés (2000), pp. 118-119.]

46. Crítica, Barcelona, 2011, traducción de Felipe Ximénez de Sandoval.

47. *La era de la revolución 1789-1848*. [Edición en inglés, p. 185.]

48. Crítica, Barcelona, 2011, traducción de Carlo Caranci y Án García Fluixá.

49. *La era del capital (1848-1875)*. [Edición en inglés, p. 121.]

50. Crítica, Buenos Aires, 2007, traducción de Juan Faci Lacasta.

explotación extranjera. No obstante, se dedican cuatro páginas a la Revolución Mexicana, un «gran levantamiento social [...] la primera de las grandes revoluciones ocurridas en el mundo colonial y dependiente en la que la masa de los trabajadores desempeñó un papel protagonista». Aquí Eric se ve influido por la obra de Friedrich Katz sobre el papel de Pancho Villa en el norte, y la de John Womack sobre el papel de Emiliano Zapata en el centro-sur.

Solo en *Historia del siglo XX*⁵¹ (1994 [edición en inglés]) América Latina aparece en un lugar destacado como parte del surgimiento del Tercer Mundo en la política revolucionaria del «siglo XX corto».⁵² Se consideran un poco la Revolución Mexicana, el movimiento estudiantil revolucionario en Córdoba, Argentina, en 1918 que, sostuvo Eric, pronto «se difundieron por América Latina generando líderes y partidos marxistas revolucionarios locales»; la «larga marcha» de Luís Carlos Prestes, el futuro líder del Partido Comunista Brasileño y los tenientes rebeldes a finales de la década de 1920; la resistencia a los Marines de los Estados Unidos en Nicaragua, liderada por César Augusto Sandino (1927-1933); la breve «república socialista» en Chile en 1932 bajo el liderazgo del coronel «de espléndido nombre» Marmaduke Grove; la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) en Perú; en Colombia, los liberales y la tribuna de Jorge Eliécer Gaitán, cuyo asesinato en 1948 provocó una insurrección popular, el Bogotazo; la movilización política de los trabajadores urbanos bajo líderes nacionalista-populares:

51. Crítica, Buenos Aires, 1998. Traducción de Juan Fací, Jordi Einaud y Carmen Castells.

52. Paulo Drinot, un historiador de América Latina en University College London, escribió un artículo sobre el tratamiento que Eric dio a América Latina en su gran tetralogía, para la conferencia «La historia después de Hobsbawm» que se realizó en Birkbeck en abril de 2014. En *La era de las revoluciones*, concluyó Drinot, América Latina apenas aparece. En *La era del capital* las referencias a América Latina son «escasas e incidentales». En *La era del imperio* América Latina «aparece fugazmente». Pero en *Historia del siglo XX* América Latina recibe, por fin, un «tratamiento más extenso».

Getúlio Vargas en Brasil; Perón en Argentina; el Movimiento Revolucionario Nacional (MNR) en Bolivia y la revolución de 1952, que nacionalizó las minas de estaño e introdujo una reforma agraria radical; y por fin la Revolución Cubana y la tragedia del Chile de Allende.

Mientras tanto, Eric había escrito un largo ensayo en el cual argumentó que el desarrollo de la economía capitalista moderna mundial «generaba o regeneraba, en varios lugares y en varios momentos, relaciones sociales de dependencia no capitalistas [sino] claramente feudales». En el caso de América Latina, el fenómeno del «nuevo feudalismo», aunque a la vez marginal y transitorio, merecía atención seria en el período desde finales del siglo XIX a la crisis mundial de 1930, cuando América Latina se terminó de integrar completamente en la economía mundial capitalista/imperialista en expansión, pero no luego de la década de 1930, «salvo en circunstancias bastante singulares, como las que se dieron en los valles amazónicos del Perú entre la década de 1930 y comienzos de la de 1960 (por ejemplo, La Convención)».⁵³

También se interesó mucho en el nacionalismo, sobre el cual tenía opiniones muy negativas. Su libro *Naciones y nacionalismo desde 1780*⁵⁴ (Cambridge, 1990 [edición en inglés]), basada en las Conferencias Wiles que dio en Queen's University de Belfast en mayo de 1985, nada habían tenido que decir sobre América Latina. Sin embargo, colaboró con un ensayo sobre «Nacionalismo y nacionalidad en América Latina» en un *liber amicorum* dedicado a Paul Bairoch,⁵⁵ que se publicó en Ginebra

53. Capítulo 8, «Elementos feudales en el desarrollo de América Latina», a continuación.

54. Crítica, Barcelona, 1991, revisada en 1998. Traducción de Jordi Beltrán.

55. Capítulo 30, «Nacionalismo y nacionalidad en América Latina», a continuación.

en 1995. El ensayo concluyó: «Por ahora, América Latina es afortunada»: había ido escapando, como escribió en *Años interesantes*, «la epidemia mundial del nacionalismo lingüístico, étnico y confesional».

Por último siguió revisando y ampliando su libro *Bandidos*. En la posdata a la tercera edición (1981 [en inglés]) y en el prefacio y la posdata a la cuarta edición (2000 [en inglés]), tuvo en cuenta parte de la amplia investigación sobre el tema que se realizó desde que el libro se publicó por primera vez en 1969 y respondió a algunos de sus críticos más convincentes, quienes se preocupaban principalmente por sostener que, a pesar de los mitos que los rodeaban —y el análisis de Hobsbawm, argumentaron, se apoyaba demasiado en las fuentes literarias— la mayor parte de los bandoleros no eran necesaria ni típicamente rebeldes sociales, mucho menos revolucionarios. En una reseña de *Bandidos: The Variety of Latin American Banditry*, de Richard Slatta, publicada en *Hispanic American Historical Review* (1988), Eric describió el libro, «el primer enfoque abarcador del tema en América Latina», como «en esencia, una crítica a mis escritos sobre el bandolerismo». Se sentía orgulloso, dijo, de ser «el padre fundador de una rama entera de la Historia».⁵⁶

56. Prólogo a *Bandidos*. [Cuarta edición revisada en inglés, p. X.]